

JOAN COROMINES

BREVE
DICCIONARIO
ETIMOLÓGICO
DE LA
LENGUA CASTELLANA

TERCERA EDICIÓN MUY REVISADA Y MEJORADA
PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO PASCUAL

GEDOS

PRÓLOGO

por

JOSÉ ANTONIO PASCUAL

Pocas personas habrán oído hablar de Mr. Macbeth, el inventor de un «traduscopio óptico y acústico» por medio del cual lo que se decía en una lengua aparecía automáticamente traducido a otra. Se había logrado con ese aparato demostrar la hipótesis de que las palabras cambian según la distancia que mantienen con los trópicos en el momento en que se pronuncian. Los lectores de don Pío Baroja quizá recuerden este invento descrito en *Las aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*:

...era un aparato muy sencillo, sencillísimo, fundado en el sabio y desconocido principio del doctor Philf, de que las palabras, así habladas como escritas, se van dilatando a medida que se aproximan a los trópicos y contrayéndose a medida que se alejan. Así para construir el traduscopio no hay más que combinar un sistema de meniscos convergentes que van pasando paulatinamente a meniscos planos y luego a meniscos divergentes y colocarlos en un tubo. Los meniscos pueden ser ópticos o acústicos, según se quiera.

Si se habla por un lado del tubo en inglés, por el otro extremo del tubo salen las palabras en castellano. Lo mismo que si se mira, porque el traduscopio lo traduce todo; la cuestión no está más que en la graduación de los tornillos.¹

Con máquinas como esta no sería necesaria la investigación etimológica, pues la técnica nos conduciría directamente a los orígenes del léxico actual, una vez que diéramos con el lugar dónde nació la primera lengua, antes de que sufriera el proceso de diversificación que originó las actuales. No parece necesario decir que nos movemos en el terreno de lo absurdo y que tal posibilidad no existe; por el mero hecho de que las lenguas cambian de una manera que no tiene nada que ver con un determinismo como el formulado en esta novela barojiana ni con otros que ligan el cambio lingüístico al clima, a la cercanía del mar o de la montaña, a la bondad o maldad de los seres humanos o a la forma que tienen sus dientes... No, las lenguas son instrumentos aptos para la comunicación que sus hablantes hacen cambiar, consciente e inconscientemente, por

1. Pío Baroja, *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, Madrid: Espasa Calpe, 1962, p. 55.

motivos muy diferentes y en gran medida imprevisibles. Por ello tenemos que descubrir el pasado de las palabras de una forma distinta a como lo hubiera podido conseguir Mr. Macbeth.

Simplificando mucho las cosas, no tenemos más remedio que asentar el trabajo etimológico en los datos. Aunque no han sido estos los que han convertido a la Etimología en una disciplina científica, sino la aplicación a la reconstrucción del léxico de una serie de controles ideados por la Filología decimonónica, gracias a las regularidades que se perciben en la evolución de los sonidos del léxico compartido por las lenguas que pertenecen a una misma familia. Mediante esos controles podemos dar, por un lado, con muchas etimologías fiables, a la vez que encontramos en ellos las razones para rechazar muchas otras. Disponemos, pues, de unas reglas que permiten distinguir las semejanzas casuales que se dan entre una palabra y su posible étimo, de las que son realmente significativas. Estas reglas llevan a tomar como una posibilidad casual, por ejemplo, la atractiva relación que Manuel Vicent da a *alarido* con *Alá*: «el grito de invocación que se dirige a Alá» (*El País*, 12.4.98: 48), mientras que parece significativa la que relaciona *hígado* con el lat. *ficatum*, que nos cuenta así Juan Arias: «*hígado* proviene del latín *higo* (*ficatum*). El *iecur ficatum* —hígado con higos— era un plato popular en el Mare Nostrum. Una vida de siglos produjo la transposición del significado» (*El País*, 31.3.96).

1. LA IMPRESCINDIBLE ERUDICIÓN

No le viene mal al filólogo completar las reglas de evolución con los datos que encuentra en los textos. Hay incluso ocasiones en que no se pueden aplicar esas reglas y son los datos las únicas huellas a través de las que se accede a los orígenes de una voz. A veces para dar con creaciones transparentes: así, aunque no supiera que fue Joaquín Leguina el inventor del sustantivo *abeceína* (lo cuenta J. Company en *ABC*, 25.3.96), no me resultaría difícil prever cuál pueda ser su significado y las connotaciones que este entraña, como tampoco que ha de tratarse de un derivado de la palabra *Abc*, que es la cabecera de un diario español. Resulta también casi evidente para las personas de mi generación la razón de formaciones como *trasterrado* o *España peregrina*, aplicadas a los exiliados españoles, que crearon José Gaos y Juan Ramón Jiménez, respectivamente (I. M. Zavala, *El País*, 5.1.00).

Por paradójico que parezca, existen otros muchos casos de palabras recientes que resultan ser verdaderos enigmas etimológicos. Los seres humanos, que no solemos conformarnos con no entender el porqué de un uso, llegamos a olvidarnos no solo del momento en que hemos aprendido una palabra, sino que no tenemos ningún problema para acogernos a la fuerza de nuestra imaginación tratando de encontrar en ella los motivos de una novedad léxica. Recuerdo, referente a lo primero, que mi madre, que

nació en los primeros años del siglo XX, estaba empeñada en haber empleado de niña el sustantivo *rebeca*, como nombre de una chaqueta de punto, y se negaba a admitir que hubiera surgido mucho después, tomado de la película *Rebecca* de Alfred Hitchcock (de 1940), para designar la discreta prenda de punto que lucía Joan Fontaine, que representaba el papel de *Rebecca*.

Por otro lado, nuestra capacidad de fabular para llegar al origen de una palabra es tan grande que incluso a los filólogos les cuesta trabajo resistirse a la seducción de tantas explicaciones sustentadas en leyendas etimológicas. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con la voz *cursi*, surgida en España hacia 1850, de la que recuerdo haber leído, en uno de los primeros tomos de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, la fantasiosa idea de que los chicuelos de Cádiz hubieran bautizado con el término *re-tecursis* a los petimetres y personas en exceso presumidas, deslumbrados por *Reticurcio*, un personaje que aparecía en una tradicional función de marionetas; algo así como si en Salamanca, donde he oído decir, sin saber por qué, que alguien era más tonto que Maelo, hubiera caído en la cuenta —y en ello no hay leyenda etimológica— que ese nombre se refería a una persona de memoria prodigiosa que a mediados del siglo XX pasaba por ser en nuestra ciudad el dechado del tonto. Pero volvamos a *cursi*, de la que otra leyenda se refiere a tres agraciadas muchachas «que, limpiándolos con miga de pan, hacían durar meses enteros un par de guantes, y que, merced a combinaciones ingeniosas, hacían que dos solos vestidos pareciesen cuatro. Empezáronse a estilar entonces las boas de pieles, y ellas pusieron una trampa en el tejado y con ella cogieron suficiente número de gatos para fabricarse con sus pieles tres de aquellos adornos, que parecían de martas cibelinas». Eran las señoritas de Tesicur, cuyo nombre se repetía así en una murga gaditana: *tesi-cur — si-cur — si-té — cursi — tesi-cur — si-cur*. De ahí se formó una palabra que pronto saltó a toda España (M. Fernández Almagro, «Qué es lo cursi», *ABC*, 2.1.51) a la que en América, con razón, no se la consideraba digna de ser acogida en el diccionario de la Academia.

El problema de explicaciones como estas no es que sean o no razonables, sino que no tenemos la posibilidad de aplicarles una ley que nos obligue a aceptarlas o a desechárlas. Eso mismo ocurre con la voz *amiga*, que se define en la última edición del diccionario académico como «escuela de niñas», cuyo uso se sitúa en Andalucía; su origen se explica como una «aféresis de amiga, maestra», que coincide con la idea que se hace Luis Bello de la palabra² cuando visitando Cazorla habla de las *escuelas perri-lleras o casa de la miga*. Antes, al pasar por Moguer, había recordado el siguiente pasaje de *Platero*:

Si tú vinieras, Platero, con los demás niños a la *miga*, aprenderías el abecé y escribirías palotes... Pero, no; doña Domitila... te tendría, a lo mejor, dos horas de rodillas en un rincón del patio de los

2. Luis Bello, *Viaje por las escuelas de España*, vol. 4, Madrid: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones S. A., 1929 [reimpresión Valladolid: Junta de Castilla y León, 2005], p. 249.

plátanos, o te daría con su larga caña seca en las manos, o se comería la carne de membrillo de tu merienda...³

Y comenta la *miga* que aparece ahí, en una nota: «De una u otra manera, *migas* o *amigas* he oído que las llaman a la ‘guardadora’, más que profesora de párvulos en Andalucía y en Extremadura baja». Juan Ramón Jiménez prefería, en cambio, partir de *miga*, en vez de *amiga*, tal y como le explica a Bello:

No acepto su corrección a mi *miga*. He mantenido en *Platero y yo*, usted lo habrá visto, muchas palabras populares. *Miga* se llama en Moguer y otros lugares de Andalucía a ese nido de párvulos que usted y otros, con perfecto derecho, llaman *amiga*. Ya en otra ocasión, la señora de Martínez Sierra, pedagoga insigne, me corrigió mi *miga*. *Miga* se ha escrito además frecuentemente; y así es como tiene sentido para mí. Por su etimología, entre otras acepciones, *miga* es, lo sabe todo el mundo, uno de los primeros alimentos suaves que se da a los niños en España, casi todo toma siempre un sentido realista. Y a esa escuela primera, jardín en otros países, van, o iban, los niños de los pueblos españoles a recibir el primer alimento moral.⁴

Hay, no obstante, muchos casos en los que tenemos una discreta seguridad sobre cómo han surgido ciertas palabras modernas. Así están en el aire explicaciones que ni siquiera se nos ocurre verificar, como que John Wiler fue el científico que acuñó, hacia 1965, *agujero negro* u *hoyo negro*, si nos adaptamos al uso americano (*black hole*); que el sintagma *aldea global* se lo debemos a Herbert Marshall McLuhan; que Leopold von Ranke extrajo del ámbito de la biología el término *generación* aplicándolo a la historia de la cultura; que *género de vida* nació en Francia en el siglo XIX para explicar el condicionamiento que el marco físico ejerce sobre la vida de los pueblos; que la voz *biodiversidad* surgió a mediados del siglo pasado para medir la organización de la biosfera; o que *quark*, cuya existencia predijo el genial científico estadounidense Murray Gell-Mann, se debe a que este buscaba una palabra sin sentido y tomó *quark*, que encontró luego en *Finnegans Wake*.

Se echa en falta en los diccionarios etimológicos la explicación del origen de voces actuales como estas; en gran medida, porque los etimólogos han estado demasiado ocupados en atender a los arduos problemas que supone dar con el origen del léxico del pasado. Ciertamente las palabras recientes interesan más a la mayoría de los lectores que las antiguas; pero para llegar a su origen hemos de realizar un trabajo enciclopédico buscando cientos de formaciones que nacen a diario. Confesaba, refiriéndose a esto, mi maestro Joan Coromines a Ramón Menéndez Pidal,⁵ maestro suyo, que habiendo recogido un número importante de neologismos, se veía, no obstante, obligado a dejar

3. Luis Bello, *Op. cit.*, p. 67.

4. Juan Ramón Jiménez, *apud* Luis Bello, *Op. cit.*, p. 70.

5. Carta de J. Coromines a R. Menéndez Pidal, de 26.5.1944. En José A. Pascual y José I. Pérez Pascual, *Correspondencia entre Joan Coromines y Ramón Menéndez Pidal*, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2006, p. 142.

muchos por espigar, a causa de que ello le hubiera regateado un tiempo que necesitaba para resolver los problemas del léxico del pasado; y añadía que, a su juicio, cualquier joven licenciado, con tesón, no tendría la menor dificultad para ir completando estos términos por medio de unas lecturas bien planeadas.

Hoy en día los neologismos, dispersos acá y allá en distintas obras, los proporcionan los diccionarios generales de muchas lenguas y, de una manera concreta, los históricos; e incluso llega esa información hasta a la propia prensa, que da unas veces cuenta de los responsables de la creación de un término:

Alexitimia (del griego *a* 'no'; *lexis* 'palabra'; *thimos* 'afectividad') fue creada en 1972 por el psiquiatra estadounidense Sifneos (*El País*, 3.2.04). *Anomia* 'carencia o deficiencia de normas' posiblemente se debiera a un filósofo francés del siglo XIX, del que lo tomó Émile Durkheim y lo vulgarizó el sociólogo norteamericano Robert K. Merton (G. Robles, *La Razón*, 14.3.03). *Autodeterminación* parece que se creó durante la Revolución Francesa para justificar la adhesión de Alsacia a la República (A. Elorza, *El País*, 25.2.97). El sintagma *autopistas de la información* fue inventado por el vicepresidente de los Estados Unidos Al Gore (J. L. Cebrián, *El País*, 9.3.95). *Bandoneón*, que «se nacionalizó» en la Argentina con la generación de 1880, había sido inventado décadas antes en Prusia por el alemán Hans Band (J. Ortega Spottorno, *El País*, 13.5.96). *Best seller* lo acuñó en 1889 el periódico *Kansas Times & Star* (A. Menguel, *El País*, 25.5.02, «Babelia»). Fue en *Neuromance*, la novela de ciencia ficción de William Gibson, de 1984, donde se utilizó por primera vez el término *ciberespacio* (P. H. Lewis, *El País*, 4.6.95). El sintagma *clase política* lo crearon Pareto y Mosca a comienzos del siglo XX (J. Tusell, *El País*, 4.10.03: 24). Parece que *diabetogenes*, con que se designan determinados genes, se debe a Pierre de Meyts (*El País*, 2.11.92). *Fundamentalismo* surgió en Estados Unidos, aplicado a una secta protestante que sostenía la verdad literal de la Biblia, que publicaba hacia 1910 una hoja periódica llamada *The Fundamentals*; *integrismo* es un galicismo procedente de una palabra que había surgido durante las guerras de religión europeas del siglo XVI (G. Fourmier Conde, *El País*, 12.9.94). *Meme* es una creación del zoólogo británico Richard Dawkins que la usó por primera vez al final de su libro *El gen egoísta*, en 1976 (V. Verdú, *El País*, 8.3.2001). *Macadán* 'determinado tipo de pavimento' tomó su nombre del ingeniero escocés Marc Adam, que en la primera mitad del siglo XIX pavimentó las calles de Londres (J. Vidal-Beneyto, *El País*, 10.6.06). *Nanotecnología* la inventó un físico estadounidense en 1986 (J. Sampedro, *El País*, 8.8.03). *Paparazzi* referido a determinado tipo de periodistas-fotógrafos, se tomó del nombre *Paparazzo*, fotógrafo de *La dolce vita* de Fellini (P. Egurbide, *El País*, 22.10.93). *Podcast* se acuñó en 2004 por el periodista Ben Hammersley, mezclando los términos *pod* (*portable device* 'reproductor portátil') y *broadcasting* 'difusión' (F. Manetto, *El País*, 2.12.06). *Stonismo* se debe al intelectual judío vienés Nathan Birbaum, quien empleó el término para designar entonces un nacionalismo liberal, no confesional, como respuesta a la creciente presión antisemita en Europa (J. P. Fusi, *El País*, 22.9.93). *Ultraísmo* lo inventó R. Cansinos Assens y luego lo difundió J. L. Borges por Buenos Aires (S. Alcaide, *El País*, 26.9.99, «Domingo»).

Puede incluso ofrecernos la prensa el significado último de una palabra:

Cubista, igual que *impresionista*, fue en su origen un insulto (A. Muñoz Molina, *El País*, 8.10.97). *Glocalidad* se formó por «contracción de *glocal* y *local*» (J. Vidal-Beneyto, *El País*, 10.3.01). *Jacobino* surgió como referencia a un grupo político dentro de los revolucionarios «a los que se deben conquistas como la enseñanza pública y gratuita, la separación de la Iglesia y el Estado, el

A

a, prep., s. XII. Del lat. AD 'a', 'hacia', 'para'.

abacá, 1786 (1664, dato indirecto). Del tagalo *abaká* id.

abacera -ero 'vendedora o vendedor de aceite, legumbres, etc.', s. XIII (*fabacera*). Parece ser derivado de *haba*, que es el artículo que sobre todo vendería el abacero en sus orígenes. *Haba* primitivamente significaba también 'habichuela', como hoy todavía en Asturias. No es imposible que sea alteración de *abastero* 'tendero de abastos', pero no hay indicio alguno de origen árabe.

DERIV. *Abacera*, 1551.

ábaco, 1585. Tom. del lat. *abācus*, y éste del gr. *ábax*, -akos, id.

abad, 1107. Del lat. *abbas*, *abbātis*, y éste del arameo *abba* 'padre', pasando por el griego; *abate* es variante de empleo afrancesado o italianizante.

DERIV. *Abadengo*, 1099, sust. 1288; *abadesa*, 1159; *abadía*, 1.^a mitad s. XIII; *abadejo*, 1495 ('especie de escarabajo'), 1550-75 ('bacalao'), se explica por el sentido de 'sacerdote' que tenía *abad* en la Edad Media; en la acepción 'bacalao' es posible que naciera como una variación de *curadillo* 'bacalao seco', que se entendió como derivado de *cura*, aunque en realidad lo era de *curar* 'preparar con sal'.

Abajar V. *bajar*. *Abajo* V. *bajo*. *Abalanzarse* V. *balanza*. *Abaldonar* V. *aldón*. *Abalizar* V. *baliza*.

abalorio, 1400 (*havalloro*). Del ár. *billáuri* 'cristalino', derivado de *bullâr* o *billâur* 'cristal', 'berilo', que a su vez se tomó del gr. *béryllos*.

abanar 'abanicar', 1601. Del port. *abanar* 'aventar, cribar', 'agitar', 'abanicar', y éste derivado

del lat. *VANNUS* 'criba'. Hoy *abanar* se emplea todavía en Canarias para 'abanicar', *abanear* en Galicia; *albañar* es 'cribar' en Burgos y Álava. DERIV. *Abano* 'abanico', h. 1549 (de ahí el cat. *vano* id.); *abanico*, 1591, diminutivo del anterior; también se ha dicho *abanillo*, 1587, y *abanito*, 1689; *abanicar*, 1705.

Abanderado, *abanderar* V. *bandera*.

abandonar, h. 1420 (*abaldonar* ya h. 1270). Del fr. *abandonner* id., deriv. de *laisser à bandon* 'dejar en poder (de alguien)', *bandon* 'poder, autoridad', y éste del fránico *BANN* 'mando, jurisdicción' (hoy alem. *bann*). Comp. *BALDÓN*. DERIV. *Abandono*, 1710.

Abanear, *abanico*, *abanillo*, *abano* V. *abanar*.

abanto 'hombre torpe', 'toro cobarde', h. 1275. Entonces significa 'cierta ave de presa, de naturaleza tímida y perezosa', vasco *abendu* 'cernícalo, milano', port. *abanto* id., que es el sentido primitivo: probablemente del lat. vg. AD-VANNITARE (comp. *ABANAR*) 'aventar, cribar' por la misma comparación que explico en *CERNÍCALO*.

Abaratar V. *barato*.

abarca 'calzado consistente en una suela de cuero atada al pie con cuerdas o correas', s. x. Palabra común a los tres romances hispánicos, de origen prerromano (emparentado con el vasco *abaraka*). El ár. hispánico *párga* se tomó del cast. *abarca* y no viceversa: del plural *pargát* de esta palabra hispanoárabe salió luego el cast. *alpargate*, fin s. xv, alterado más comúnmente en *alpargata*, desde la misma fecha.

abarcar, h. 1300. Del lat. vg. **ABBRACCHICARE* 'abrazar', derivado de *BRACCIUM* 'brazo'; *abracar* se dice hoy vulgarmente en partes de Améri-